

4. PLATÓN.

De todos los discípulos de Sócrates el más importante fue Platón, una de las más grandes figuras de la filosofía, de las que más influencia han ejercido (se ha llegado a decir que toda la historia de la filosofía no es sino una serie de comentarios a la obra de Platón).

A partir de las enseñanzas de su maestro, llegó a crear, no obstante, una filosofía propia, filosofía que incorpora, además, elementos tomados de la mayor parte de sus predecesores: Heráclito, pitagóricos, Parménides, Anaxágoras, sofística, etc., y que, dentro de su originalidad, constituye una gran síntesis de toda la filosofía anterior a él.

1. VIDA Y OBRA.

Platón nació en Atenas en el año 427 a.C., en el seno de una familia aristocrática.

Tenía veinte años cuando conoció a Sócrates, y es posible que sintiera aquella misma emoción que, con la misma ocasión, recuerda el general Alcibiades, uno de los personajes del *Banquete*: "Ningún corazón de coribante latió como el mío cuando lo escuchaba, al oírle las lágrimas embargaron mis ojos". Después de la guerra del Peloponeso, cuando la Esparta victoriosa impuso en Atenas el gobierno de los Treinta Tiranos, un régimen de terror, Platón tuvo la oportunidad de intervenir en política, pues dentro de los Treinta había algunos parientes suyos, si no hubiera aborrecido su política criminal. Pero la democracia no era mejor, habiéndose condenado a muerte a Sócrates ("el más sabio y justo de los hombres" escribió de él Platón) bajo su dominio. En este sentido escribió en una de sus cartas:

"Viendo estas cosas, viendo la clase de personas que actúan en política, sus leyes y su comportamiento, cuanto más lo meditaba y más viejo me hacía, más difícil me parecía llevar a cabo algo en política. Llegué a la conclusión de que hoy día todas las ciudades están mal gobernadas y sus instituciones están corrompidas (...) La especie humana no se librará de males hasta que los filósofos tomen el poder político o los gobernantes se conviertan a la filosofía."

Con este propósito fundó la **Academia**, el año 387 a.C., llamada así porque estaba cerca del templo del héroe Academo. Desde entonces a gran número de centros de enseñanza,

científicos y otras instituciones se les ha llamado *Academias*. La platónica, por cierto, duró casi mil años, antes de que fuera cerrada.

Oportunidad tuvo nuestro filósofo de llevar a la práctica su ideal político. Para ello viajó tres veces a Siracusa, en Sicilia, con objeto de convertir en filósofos a los tiranos que por entonces en esta ciudad medraban. Los resultados, sin embargo, fueron desastrosos, saliendo Platón bastante malparado. Murió el año 347 a.C.

Platón se ocupó prácticamente de todos los temas filosóficos: teoría del conocimiento, metafísica, filosofía de la naturaleza, antropología, ética, filosofía política, estética, filosofía de la educación, etc. Platón es el primer filósofo del que se han conservado sus obras. Casi todas son maravillosos **Diálogos**, de gran calidad literaria, que reflejaban las conversaciones de Sócrates con sus amigos. El problema es que, como Platón no se limitó a reproducir el pensamiento de Sócrates, sino que fue más allá de él, añadiendo en sus obras ideas propias, y, sin embargo, poniéndolo todo junto en boca de Sócrates, es muy difícil saber qué pertenece a este y qué pertenece a Platón.

La filosofía de Platón se halló sometida a **evolución**, pudiéndose dividir en tres períodos: uno, primero, **socrático**, en que Platón se limitó a exponer el pensamiento de Sócrates; otro, **de madurez**, en que el filósofo elaboró su propio pensamiento, y, finalmente, un tercero, **crítico**, en el que Platón sometió a crítica su doctrina anterior. Platón no fue un filósofo dogmático, sino que, al contrario, fue perfectamente consciente de los problemas que suscitaba su filosofía, y el primero en plantearse los, antes de que muchos otros después le criticaran. Pertenecientes al primer período suelen considerarse la *Apología de Sócrates* y el *Diálogo Menón o de la virtud*; al segundo, *Fedón o de la inmortalidad*, el *Banquete o del amor*, la *República*, y *Fedro o de la belleza*, y al tercero *Timeo o de la Naturaleza*.

2. LA TEORÍA DE LAS IDEAS.

La teoría de las ideas constituye el **núcleo** de la filosofía de Platón. Se trata de una doctrina ontológica y epistemológica, aunque su influencia se hará notar en las demás partes de la filosofía platónica, como la antropología, la ética y la filosofía política.

La teoría de las ideas se origina de la necesidad de conciliar dos posturas, en principio incompatibles, a las que Platón doblemente se adhería: de una parte, la doctrina del "panta rei" de Heráclito, y, de otra, la búsqueda socrática de las definiciones, que necesariamente lleva a suponer algún tipo de estabilidad en las cosas. He aquí la solución platónica: las definiciones no se debían referir a los seres del mundo, sino a otros diferentes. Platón llamó a estos seres **ideas** o **formas** (p.ej. la idea de círculo, la idea de hombre, la idea de belleza, la idea de justicia, etc.).

En su aspecto **ontológico** la teoría de las ideas consiste en la admisión de **realidades absolutas, inmutables,**



Es por la belleza por lo que las cosas son bellas.

eternas e independientes de los **objetos sensibles**, por el contrario, **relativos, mutables y perecederos**. La belleza en sí, por ejemplo, es bella la comparemos con lo que la comparemos; la chica más guapa de la clase, en cambio, es bella si la comparemos con las demás, pero fea al lado de miss Universo, que, sin embargo, también lo es al lado de la diosa Afrodita; son, en fin,

relativamente bellas. La belleza absoluta es inmutable, las chicas guapas, por su parte, son ora bellas, ora feas, cambian, son y no son. Platón distingue entre el ser, la nada y el cambio. Las ideas son, mientras que los objetos sensibles no son enteramente, pero tampoco no son (como decía Parménides), sino que son y no son ("ruedan en el espacio que separa el ser de la nada"), son indefinidos, **semi-reales**.

Las ideas, de este modo, van adornándose con los atributos del ser de Parménides. No obstante, Platón introduce una novedad: las ideas son **inmateriales** (al parecer Platón fue el primero en concebir lo inmateral). Los seres de este mundo son, por su parte, materiales.

IDEAS	COSAS
<ul style="list-style-type: none"> • Absolutas • Inmutables • Eternas • Inmateriales • Independientes de las cosas • Arquetipos de las cosas 	<ul style="list-style-type: none"> • Relativas • Mutables • Perecederas • Materiales • Copias de las ideas

La filosofía de Platón es **dualista** (del vocablo latino *dual*, dos). Platón divide la realidad en dos mundos: **mundo de las ideas** y **mundo de las cosas**. De cualquier forma, no nos imaginemos que el mundo de las ideas puede estar en algún sitio; no les apliquemos a las ideas las categorías de espacio-tiempo. Pensemos simplemente que hay unos seres inmateriales independientes de las cosas materiales, que aparte, por ejemplo, de las cosas circulares está el círculo, el círculo sin más, y que si se destruyera el mundo, por la razón que fuera, el círculo seguiría siendo el círculo, aunque no hubiera ninguna

cosa circular en el mundo. La verdad, es que el término castellano *idea* no es muy adecuado para referirse a lo que Platón proponía, que se trataba de realidades objetivas, no de pensamientos.

Las cosas **participan** de las ideas, son **copias, imágenes, sombras** de estas. Pero, una copia, por muy buena que sea, nunca es una reproducción exacta del original (un retrato, por ejemplo, por muy bueno que sea el retratista, nunca será una reproducción exacta del personaje retratado). Por eso, no podemos encontrar en la naturaleza círculos perfectos, ni objetos absolutamente bellos, etc.



Un retrato, por muy bueno que sea el retratista, nunca será una reproducción exacta del personaje retratado. Velázquez, *Retrato del Papa Inocencio X*.

El **Demiurgo**, la Mente (influencia de Anaxágoras), una especie de obrero divino, construyó este mundo teniendo como modelo las ideas (las ideas son **arquetipos** de las cosas). El Demiurgo las plasmó en una **materia amorfa**, que, sin embargo, al ofrecer resistencia, impidió que la fabricación fuera perfecta. Obsérvese que este dios no es creador, como el cristiano, que saca el mundo de la nada.

Las ideas se hayan **jerarquizadas**, de modo que, también ellas, participan unas de otras. En la cúspide se encuentra la idea suprema de **Unidad, Bien y Belleza**.

En correspondencia con la distinción ontológica entre ser, nada y cambio, Platón introduce la distinción gnoseológica entre **conocimiento** (episteme), ignorancia y **opinión** (doxa). Lo mismo que hay una realidad intermedia entre el ser y la nada, así

habría una forma de conocimiento intermedia entre el conocimiento propiamente dicho y la ignorancia, esto es, la opinión. Ambas formas de conocimiento poseerían las

Es muy ilustrativa de la teoría del conocimiento platónica la **alegoría de la caverna** que aparece en la *República*. Se trata de una caverna donde viven desde niños unos prisioneros, encadenados de tal forma que sólo pueden ver las sombras que de las cosas que ocurren a sus espaldas proyecta en el fondo de la caverna un gran fuego. Naturalmente estos hombres tomarían las sombras por la realidad misma. Sin embargo, si alguno de ellos, consiguiendo desatarse, y, poco a poco, acostumbándose a la luz, consiguiera salir fuera de la caverna, hasta llegar a poder poner la vista en el Sol mismo, sin duda se asombraría y apenaría de la miserable condición en que había vivido hasta entonces junto con sus compañeros de infortunio. No obstante, si volviera a liberarlos, aparte de que se mostraría torpe a causa de la oscuridad, resultando incluso ridículo, nadie le creería e incluso lo matarían si resultara ser demasiado pesado. Es fácil ver que los prisioneros representan a la humanidad, la caverna al mundo sensible y el mundo exterior al de las ideas. El Sol, por su parte, representa a la idea de Bien. La parte final de la historia nos trae a la memoria lo sucedido a Sócrates.

características de sus respectivos objetos. Por ejemplo, el teorema de Pitágoras sería un conocimiento absoluto, inmutable, eterno e independiente de las cosas triangulares del mundo (quiero decir que, si, por alguna razón, desapareciera el mundo con todas las cosas triangulares que hay dentro, el teorema de Pitágoras seguiría siendo verdad); las opiniones, sin embargo, cambian: hoy opino esto de un político, pero ¿qué pensaré mañana?

En el *Menón* Sócrates comprueba experimentalmente la teoría de la reminiscencia, haciendo a un **esclavo**, sin ninguna formación matemática, resolver por sí mismo (eso sí, mediante hábiles preguntas) un difícil problema matemático.

Se trata de hallar la medida del lado de un cuadrado cuya área es el doble de otro de dos pies de lado. Después de dos errores: cuatro pies, en cuyo caso la figura sería cuádruple, y tres pies, en cuyo caso la superficie sería de nueve pies, teniendo que ser de ocho, el esclavo encuentra la solución en la medida de la diagonal.

En el diálogo *El banquete o del amor* se proponen todos los comensales, después de haber comido, hacer un discurso sobre el **amor**. Cuando toca el turno a Sócrates, refiere una historia que había oído a una tal Diotima, una mujer sabia, según la cual el Amor (Eros) no es un gran dios, como piensa la generalidad, pues, si así lo fuera, sería bueno, bello y feliz, cosa que, sin embargo, no es, como prueba que constantemente anda tras de la bondad, la belleza y la felicidad. Quien desea algo es porque no lo tiene. Eros debe ser un ser intermedio entre los dioses y los mortales, una especie de genio. Pues bien, los hombres, poseídos por este genio, aman las cosas buenas y bellas, cuya consecución proporciona la felicidad. Pero la mejor manera de proceder en las cuestiones eróticas, refiere Diotima, es la siguiente: primero partir de la belleza de los cuerpos, para luego enamorarse de la belleza de las almas; pero sin quedarse aquí, sino siguiendo hacia la belleza de las ciencias, y acabar finalmente en la idea de Belleza, absoluta, inmutable y eterna.

Las ideas se conocen por **reminiscencia** (del vocablo latino *reminiscentia*, recuerdo). Como las ideas no pertenecen a este mundo, el alma tuvo que conocerlas en su estado de preexistencia, antes de que se uniera al cuerpo. El hecho de que los objetos sensibles se parezcan a ellas despierta en nosotros su recuerdo.

Sólo pensando, razonando, **dialécticamente**, prescindiendo por completo de los sentidos deberemos esforzarnos por conocer las ideas, intentando llegar, finalmente, al Bien. El hombre, dirá Platón, deberá ascender, a impulso del **Eros**, hacia el conocimiento de este Bien.

3. ANTROPOLOGÍA.



El alma a impulso del Eros.
Eros y Psique.

La antropología de Platón presenta claras influencias órficas y pitagóricas.

Es **dualista**. El hombre está compuesto de dos partes: alma y cuerpo. El **alma es divina, espiritual e inmortal**; el **cuerpo, material y mortal**. La **unión es accidental** y antinatural; el alma se encuentra en el cuerpo como en una **cárcel o tumba**, de la que aspira a salir. Aunque Platón no fue el primero en contraponer el alma al cuerpo, con el consiguiente desprecio de este último, sino que tiene antecedentes en la filosofía griega, y también se da, además, en otras culturas, a él debe fundamentalmente la nuestra este concepto peyorativo del cuerpo que aún tenemos.

El alma es fuente de vida, anima el cuerpo, está en él como el piloto

en la nave. Tiene **tres partes**: **racional** (conocimiento), **irascible** (voluntad) y **concupiscible** (deseos corporales, deseo de placer).

El alma **preexistía** en el mundo de las ideas antes de la **encarnación** en el cuerpo. Esta se debe a un pecado, aunque Platón no nos dice en qué consistió este. En el mundo sensible el alma ha de **purificarse** por la **virtud** si quiere volver a contemplar directamente las ideas, **supremo bien** del hombre, y no a través del cuerpo, de los sentidos. La purificación consiste en desligarse lo máximo posible del cuerpo y del mundo. Si esto no ocurre, entonces, a la muerte, vuelve a **reencarnarse**, en un cuerpo de calidad equivalente a su comportamiento anterior.

El **mito del carro alado** del diálogo *Fedro* ilustra la antropología platónica. El dios Zeus junto con un séquito de dioses y de almas, van en procesión por los cielos hasta los mismos confines del Universo, desde donde poder contemplar las ideas. Las almas son simbolizadas por un carro tirado por dos caballos alados, uno blanco bien formado, y otro negro contrahecho, y conducido por un auriga. El auriga simboliza la parte racional del alma; el caballo blanco, la irascible; el negro, la concupiscible. El caballo blanco es dócil; el negro es, por el contrario, indócil. Algunos aurigas son capaces de refrenar, castigándole con el látigo, al caballo negro, pudiendo, de este modo, dedicarse a la contemplación de las ideas. Otros, no obstante, no lo consiguen. A veces, el caballo se encabrita tanto que cae a tierra, arrastrando con él a carro y auriga. Este hecho simboliza la encarnación del alma en el cuerpo. La calidad del cuerpo en que se encarna el alma (porque en principio puede ser en cualquier ser vivo: humano, animal o vegetal) depende del grado en que se contemplaron las ideas.

4. ÉTICA.

Cada una de las partes del alma tiene su virtud correspondiente: la parte racional la **sabiduría** (sofía); la parte irascible la **fortaleza** (andreía), y la parte concupiscible la **templanza** (sofrosíne), autodominio, por el que moderamos al máximo los sentimientos y deseos corporales. Si el cuerpo tiene unas necesidades mínimas de las que no se puede prescindir, sin embargo otros muchos deseos son innecesarios e incompatibles y perjudiciales para una vida dedicada al conocimiento. En general el cuerpo no hace sino entorpecer y presionar continuamente a la parte racional del alma. El deseo de placer no puede gobernar en el alma, sino que debe ser la parte racional, aliada con la parte irascible, la que lo refrene al máximo. Hay una cuarta virtud, la **justicia** (dikaiosíne), que consiste en el orden, armonía que se produce en el alma cuando cada parte practica la virtud que le es propia, sin interferirse en los cometidos de las demás: la parte racional, conocer y gobernar; la parte irascible, colaborar con la racional para reprimir a la parte concupiscible, y esta someterse a la racional. La injusticia o maldad consistiría a la vez en ignorancia, cobardía e intemperancia, las cuales van siempre unidas.

El **alma** (*sijé* en griego, *anima* en latín) se consideraba en la antigüedad la causa del funcionamiento de los seres vivos, del movimiento y organización del cuerpo. Así, sabemos que un ser vivo se ha muerto porque ya no se mueve, porque no tiene actividad y porque se descompone. Platón fue el primer filósofo en concebir lo inmaterial, y así consideraba al alma. Los filósofos anteriores, los presocráticos la creían material, como Anaxímenes que pensaba que era aliento o Heráclito fuego o Demócrito átomos.

5. FILOSOFÍA POLÍTICA.

A imagen y semejanza del alma será concebido el **Estado ideal** platónico, tal y como es expuesto en la *República*, la primera **utopía** política de la historia. En correspondencia con las tres partes del alma hay **tres clases sociales: gobernantes, guerreros y trabajadores**, siendo sus virtudes respectivas, también, la sabiduría, fortaleza y templanza. Los gobernantes habrán de ser los filósofos y el pueblo habrá de someterse a estos. La justicia del Estado es el orden que se produce cuando cada clase social practica la virtud que le es propia, sin interferirse en los cometidos de las demás clases. Así, por ejemplo, sería ruinoso para el Estado que algún soldado pretenda gobernar.

El bien del conjunto es superior al bien individual y al bien de cualquiera de las tres clases por separado. Así, a veces será necesario hacer sacrificios: los gobernantes y los soldados, por ejemplo, no deben tener propiedad privada, ni siquiera mujeres e hijos propios, con el fin de no caer en la

tentación de buscar el propio beneficio frente al beneficio de la ciudad.

Un detalle curioso es que Platón expulsa a los literatos de su República, por la carencia de carácter científico de la literatura, y estar llena de falsedades.

ALMA	ESTADO	VIRTUD
RACIONAL	GOBERNANTES	SABIDURIA
IRASCIBLE	SOLDADOS	FORTALEZA
CONCUPISCIBLE	TRABAJADORES	TEMPLANZA

6. FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN.

La educación es fundamental de cara a la promoción de la virtud. Es competencia del Estado. De entre los niños mejores, habrán de escogerse los futuros soldados, a los que se les educará con la gimnasia y con la música. Posteriormente, de entre los mejores soldados se escogerán los futuros gobernantes, a los que se les educará, primero con las matemáticas (Platón daba mucha importancia a las matemáticas. Se dice que en la puerta de la Academia había un cartel que decía: "No entre aquí quien no sepa matemáticas") y, finalmente, con la dialéctica. No se hará distinción entre las mujeres y los hombres.

7. TEXTOS.

"Imagínate una caverna subterránea, que dispone de una larga entrada para la luz a todo lo largo de ella, y figúrate unos hombres que se encuentran ahí ya desde la niñez, atados por los pies y el cuello, de tal modo que hayan de permanecer en la misma posición y mirando tan solo hacia delante, imposibilitados como están por las cadenas de volver la vista hacia atrás. Pon a su espalda la llama de un fuego que arde sobre una altura a distancia de ellos, y entre el fuego y los cautivos un camino eminente flanqueado por un muro, semejante a los tabiques que se colocan entre los charlatanes y el público para que aquellos puedan mostrar, sobre ese muro, las maravillas de que disponen.

- Ya me imagino eso -dijo.

- Pues bien: observa ahora a lo largo de ese muro unos hombres que llevan objetos de todas clases que sobresalen sobre él, y figuras de hombres o de animales, hechas de piedra de

madera y de otros materiales. Es natural que entre estos portadores unos vayan hablando y otros pasen en silencio.

- Extrañas imágenes describes -dijo- y extraños son también esos prisioneros!

- Sin embargo, son semejantes en todo a nosotros -observé-. Porque, ¿crees en primer lugar que esos hombres han visto de sí mismos o de otros algo que no sea las sombras proyectadas por el fuego en la caverna, exactamente frente a ellos?

-¿Cómo - dijo- iban a poder verlo, si durante toda su vida se han visto obligados a mantener inmóviles sus cabezas?

-¿Y no ocurrirá lo mismo con los objetos que pasan detrás de ellos?

- Desde luego.

- Si, pues, tuviesen que dialogar unos con otros, ¿no crees que convendrían en dar a las sombras que ven los nombres de las cosas?

- Por fuerza.

- Pero supón que la prisión dispusiese de un eco que repitiese las palabras de los que pasan. ¿No crees que cuando hablase alguno de estos pensarían que eran las sombras mismas las que hablaban?

- No, ¡por Zeus! -dijo.

- Ciertamente -indiqué-, esos hombres tendrían que pensar que lo único verdadero son las sombras.

- Con entera necesidad -dijo.

- Considera, pues -añadí-, la situación de los prisioneros, una vez liberados de las cadenas y curados de su insensatez. ¿Qué les ocurriría si volviesen a sus estado natural? Indudablemente, cuando alguno de ellos quedase desligado y se le obligase a levantarse súbitamente, a torcer el cuello y a caminar y a dirigir la mirada hacia la luz, haría todo esto con dolor, y con el centelleo de la luz se vería imposibilitado de distinguir los objetos cuyas sombras percibía con anterioridad. ¿Qué crees que podría contestar ese hombre si alguien le dijese que entonces solo veía bagatelas y que ahora, en cambio, estaba más cerca del ser y de objetos más verdaderos? Supón además que al presentarle a cada uno de los transeúntes, le obligasen a decir lo que es cada uno de ellos. ¿No piensas que le alcanzaría gran dificultad y que juzgaría las cosas vistas anteriormente como más verdaderas que las que ahora se le muestran?

- Sin duda alguna -contestó.

II. - Y si, por añadidura, se le forzase a mirar a la luz misma, ¿no sentiría sus ojos doloridos y trataría de huir, volviéndose hacia las sombras que contempla con facilidad pensando que son ellas más reales y diáfanas que todo lo que se le muestra?

- Eso ocurriría -dijo.

- Y si ahora le llevasen a la fuerza por la áspera y escarpada subida y no le dejasen de la mano hasta enfrentarle con la luz del sol, ¿no sufriría dolor y se indignaría contra el que le arrastrase, y luego, cuando estuviese ante la luz, no tendría los ojos hartos de tanto resplandor, hasta el punto de no poder ver ninguno de los objetos que llamamos verdaderos?

- Es claro que, de momento, no podría hacerlo -dijo.

- Solo la fuerza de la costumbre, creo yo, le habituaria a ver las cosas de lo alto. Primero, distinguiria con más facilidad las sombras, y después de esto, las imágenes de los hombres y demás objetos, reflejados en las aguas; por último, percibiria los objetos mismos. En adelante, le resultaria más fácil contemplar por la noche las cosas del cielo y el mismo cielo, mirando para ello a la luz de las estrellas y a la luna, que durante el día el sol y todo lo que a él pertenece.

- ¿Cómo no?

- Y finalmente según yo creo, podría ver y contemplar el sol, no en sus imágenes reflejadas en las aguas, ni en otro lugar extraño, sino en sí mismo y tal cual es.

- Necesariamente -dijo.

- Entonces, ya le sería posible deducir, respecto al sol, que es él quien produce las estaciones y los años y endereza a la vez todo lo que acontece en la región visible, siendo, por tanto, la causa de todas las cosas que se veían en la caverna.

- Está claro -dijo- que después de todo aquello vendría a parar en estas conclusiones.

- Pues qué, ¿qué ocurriría cuando recordase su primera morada y la ciencia de que tanto él como sus compañeros de prisión disfrutaban allí? ¿No crees que se regocijaría con el cambio y que compadecería la situación de aquellos?

- Desde luego.

-¿Y te parece que llegaría a desear los honores, las alabanzas o las recompensas que se concedían en la caverna a los que demostraban más agudeza al contemplar las sombras que pasaban y acordase con más certidumbre del orden que ocupaban, circunstancia más propicia que ninguna otra para la profecía del futuro? Podría sentir envidia de los que recibiesen esos honores o disfrutasen de ese poder, o experimentaría lo mismo que Homero, esto es, que preferiría más que nada <<ser labriego al servicio de otro hombre sin bienes>> o sufrir cualquier otra vicisitud que sobrellevar la vida de aquellos en un mundo de mera opinión?

- A mi juicio -dijo-, aceptaría vivir así antes que amoldarse a una vida como la de aquellos.

- Pues ahora medita un poco en esto -añadí-. Si vuelto de nuevo a la caverna, disfrutase allí del mismo asiento, ¿no piensas que ese mismo cambio, esto es, el abandono súbito de la luz del sol, deslumbraría sus ojos hasta cegarle?

- En efecto -dijo.

- Supón también que tenga que disputar otra vez con los que continúan en la prisión dando a conocer su parecer sobre las sombras en el momento en que aún mantiene su cortedad de vista y no ha llegado a alcanzar la plenitud de la visión. Desde luego, será corto el tiempo de habituación a su nuevo estado, pero ¿no movería a risa y no obligaría a decir que, precisamente por haber salido fuera de la caverna había perdido la vista, y que, por tanto, no convenía intentar esa subida? ¿no procederían a dar muerte, si pudiesen cogerle en sus manos y matarle, al que intentase desatarles y obligarles a la ascensión?

- Sin duda -dijo.

III. -Pues bien, mi querido Glaucón -dije-: toda esta imagen debe ponerse en relación con lo dicho anteriormente; por ejemplo, la realidad que la vista nos proporciona con la morada de los prisioneros, y esa luz del fuego de que se habla con el poder del sol. No te equivocarás si comparas esa subida al mundo de arriba y la contemplación de las cosas que en él hay, con la ascensión del alma hasta la región de lo inteligible. Este es mi pensamiento que tanto deseabas escuchar. Solo Dios sabe si está conforme con la realidad. Pero seguiré dándotelo a conocer: lo último que se percibe, aunque ya difícilmente en el mundo inteligible es la idea del bien, idea que, una vez percibida, da pie para afirmar que es la causa de todo lo recto y hermoso que existe en todas las cosas. En el mundo visible ha producido la luz y el astro señor de esta, y en el inteligible, la verdad y el puro conocimiento. Conviene, pues, que tenga los ojos fijos en ella quien quiera proceder sensatamente tanto en su vida pública como privada." (*República*. Libro VII)

"MENÓN.- Pero ¿cómo vas a buscar, Sócrates, una cosa de la que de ninguna manera sabes lo que es? Entre tantas cuestiones desconocidas, ¿qué punto concreto propondrás para tu investigación? Y, suponiendo que casualmente des con el aspecto acertado, ¿en qué lo vas a reconocer, dado que no lo conoces?

SÓCRATES.- Comprendo lo que quieres decir, Menón. ¡Qué tema tan estupendo de disputa sofística nos aportas con ello! Es esta la teoría según la cual no es posible buscar ni lo que se conoce ni lo que se desconoce: lo que se conoce, porque, al conocerlo ya, no se tiene necesidad de buscarlo; lo que se desconoce, porque uno ni tan siquiera sabe lo que se ha de buscar.

MENÓN.- ¿Y no te parece, Sócrates, que es este un razonamiento bien correcto?

SÓCRATES.- o lo creo yo así.

MENÓN.- ¿Puedes decirme en que falta?

SÓCRATES.- Sí. Yo he oído hablar a hombres y mujeres conocedores de las cosas divinas...

MENÓN.- ¿Qué cosas? ¿Y quiénes son los que las decían?

SÓCRATES.- Se trata de sacerdotes y sacerdotisas llenos de interés por dar razón de las funciones que desempeñan; se trata también de Píndaro y de gran número de otros poetas, todos los que son realmente divinos. Y aquí lo que ellos dicen: mira si su forma de hablar te parece exacta.

Dices, en efecto, que el alma del hombre es inmortal y que unas veces abandona la vida, que es lo que se llama morir, y otras veces entra de nuevo en ella, pero que nunca se destruye, y que, por este motivo, hay que llevar en esta vida, hasta el fin, una conducta tan santa como sea posible.

Porque, los que por sus antiguas faltas han pagado a Perséfone
su rescate, hacia el sol de lo alto, en el año noveno,
envía ella de nuevo sus almas,
y, de estas almas, los reyes ilustres,
los hombres poderosos por la fuerza o insignes por la ciencia se levantan;
y para siempre, como héroes sin mancha, son venerados entre los mortales.

Así, pues, el alma, inmortal y diversas veces renacida, al haber contemplado todas las cosas, tanto en la tierra como en el Hades, no puede menos que haberlo aprendido todo. No es, pues, sorprendente que acerca de la virtud y de lo demás tenga recuerdos de lo que sobre ello ha sabido anteriormente. Al ser homogénea toda la naturaleza y al haberlo aprendido todo el alma, nada impide que un solo recuerdo que los hombres llaman saber, le haga encontrar de nuevo todos los demás, si uno es valiente y tenaz en la búsqueda; porque la investigación y el saber no son en definitiva más que reminiscencias.

No hay que dar crédito, por tanto, a este razonamiento sofisticado de que hablábamos; nos hará perezosos, y son los débiles los que gustan de oírlo. Mi creencia, por el contrario, estimula al trabajo y a la investigación, y porque tengo fe en su verdad, estoy resuelto a investigar contigo qué es la virtud.

MENÓN.- Sea, Sócrates. Pero ¿qué es lo que te hace decir que nosotros no aprendemos y que lo que llamamos saber no es más que una reminiscencia? ¿Puedes demostrarme que es así?

SÓCRATES.- Te dije ya, Menón, que estás lleno de malicia. Me pides ahora, en efecto una lección, a mí, que defiende que no hay enseñanza, que no hay más que reminiscencias, tú pretendes ponerme inmediatamente en evidente contradicción conmigo mismo.

MENÓN.- ¡Por Zeus, Sócrates, de ninguna manera! Yo no abrigaba en absoluto esta intención, y es tan solo la costumbre lo que me ha hecho hablar así. Pero si tienes algún medio de hacerme ver la cuestión, muéstramela.

SÓCRATES.- No es fácil; pero pondré, pese a todo, todo mi esfuerzo, por la amistad que nos une a ti. Llama a uno de esos numerosos esclavos que te acompañan, el que tú quieras, para que por medio de él te haga ver lo que deseas.

MENÓN.- Estupendo (Dirigiéndose a un esclavo.) Acércate.

SÓCRATES.- ¿Es griego y habla griego?

MENÓN.- Perfectamente, ha nacido en mi casa.

SÓCRATES.- Presta atención: examina si parece recordar o si parece aprender de mí.

MENÓN.- Prestaré atención a eso.

SÓCRATES.- (Al Esclavo) Dime, amigo mío: ¿sabes tú que este espacio es cuadrado?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Y que en un espacio cuadrado las cuatro líneas que ves aquí son iguales?

ESCLAVO.- Enteramente.

SÓCRATES.- ¿Y que estas líneas que lo cruzan por la mitad son también iguales?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Un espacio de esta clase, ¿puede ser mayor o menor?

ESCLAVO.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Si se dieran a este lado dos pies de longitud y a este otro también dos pies. ¿cuál sería la dimensión del todo? Examina esto: si por este lado hubiera dos pies y por este otro uno solo, ¿no es verdad que el espacio sería de una vez dos pies?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Ahora bien: al tener también dos pies para el segundo lado, ¿no supone esto dos veces dos?

ESCLAVO.- En efecto.

SÓCRATES.- El espacio es, pues, entonces dos veces dos pies, ¿no?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Cuántas veces hacen dos veces dos pies? Calcúlalo y dímelo.

ESCLAVO.- Cuatro, Sócrates.

SÓCRATES.- ¿No se podría tener otro espacio doble de este, pero semejante, y que tuviera también todas sus líneas iguales?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Cuántos pies tendría?

ESCLAVO.- Ocho.

SÓCRATES.- Pues bien: intenta decirme cuál sería la longitud de cada línea en este nuevo espacio. En ese la línea tiene dos pies, ¿Cuántos tendría en el segundo, que sería doble?

ESCLAVO.- es evidente, Sócrates, que tendría el doble.

SÓCRATES.- Tú ves, Menón, que yo no le enseño nada: me limito a preguntarle sobre todo ello. En este momento él cree saber cuál es la longitud del lado que daría lugar a un cuadrado de ocho pies. ¿Opinas tú como yo?

MENÓN.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Se sigue de ello que él lo sabe?

MENÓN.- De ninguna manera.

SÓCRATES.- El cree que este lado sería doble del anterior, ¿no es así?

MENÓN.- Sí.

SÓCRATES.- Pero mira cómo ahora va a acordarse de ello de una manera correcta. (Al Esclavo.) Respóndeme: tú dices que una línea doble da lugar a una superficie dos veces más grande, ¿no? Entiende bien lo que digo. Yo no hablo de una superficie larga por un lado, corta por el otro; busco una superficie como esta, igual en todos sentidos, pero que tenga una extensión del doble; es decir, de ocho pies. Mira si sigues creyendo aún que ella ha de ser el resultado de doblar la línea.

ESCLAVO.- Así lo creo.

SÓCRATES.- Esta línea que tú ves, ¿quedará doblada si, partiendo de aquí, le añadimos otra de igual longitud?

ESCLAVO.- Sin duda.

SÓCRATES.- Así, pues, si trazamos cuatro líneas iguales, ¿se construirá la superficie de ocho pies sobre esta nueva línea?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Tracemos las cuatro líneas según el modelo este. ¿Es esta la superficie que tú dices es de ocho pies?

ESCLAVO.- Ciertamente.

SÓCRATES.- ¿Acaso en nuestro nuevo espacio no hay estos cuatro, de lo que cada uno es igual al primero, al de cuatro pies?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Cuál es, pues, según esto, la extensión del último? ¿No es cuatro veces mayor?

ESCLAVO.- Necesariamente.

SÓCRATES.- Y una cosa cuatro veces mayor que otra, ¿es, pues, el doble de ella?

ESCLAVO.- ¡No, por Zeus!

SÓCRATES.- ¿Qué es entonces?

ESCLAVO.- El cuádruplo.

SÓCRATES.- De manera que, doblando la línea, no obtienes tú una superficie doble, sino una superficie cuádruple.

ESCLAVO.- Es verdad.

SÓCRATES.- Cuatro veces cuatro son dieciséis, ¿no?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Con qué línea, pues, obtendremos una superficie de ocho pies? Pues esta nos da una superficie que es cuádruple de la primera, ¿no?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Y esta línea cuya longitud es de la mitad nos da una superficie de cuatro pies, ¿no?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Bien. ¿Y acaso la superficie de ocho pies no es el doble de esta, que tiene cuatro pies, y la mitad de la otra, que tiene dieciséis?

ESCLAVO.- Ciertamente.

SÓCRATES Necesitamos, pues, una línea más corta que esta y más larga que aquella, ¿no?

ESCLAVO.- Así me parece.

SÓCRATES.- Muy bien: respóndeme según lo que tú creas. Dime. ¿no tenía nuestra primera línea dos pies y cuatro pies la segunda?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Por tanto, para el espacio de ocho pies, ¿necesitamos una línea más larga que esta, que tiene dos pies, pero más corta que aquella, que tiene cuatro?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Intenta decirme qué longitud le das tú.

ESCLAVO.- Tres pies.

SÓCRATES.- Para que ella tenga tres pies de longitud no tenemos que añadirle más que la mitad de su longitud, lo cual es aquí dos pies más un pie. En la otra también dos pies más un pie. Y obtenemos el cuadrado que tú pedías.

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Ahora bien: si el espacio tiene tres pies de longitud y tres pies de anchura, ¿no será la superficie de tres veces tres pies?

ESCLAVO.- Claro que sí.

SÓCRATES. ¿Y cuántos son tres veces tres pies?

ESCLAVO.- Nueve.

SÓCRATES.- Y para que la superficie fuera doble de la primera, ¿cuántos pies debía tener?

ESCLAVO.- Ocho

SÓCRATES.- Así, pues, la línea de tres pies no es todavía la que nos proporciona la superficie de ocho pies.

ESCLAVO.- Evidente que no.

SÓCRATES.- ¿Cuál es esta? Intenta decírmelo con exactitud, y si prefieres no tener que hacer cálculos muéstranosla.

ESCLAVO.- Pero, ¡por Zeus!, Sócrates, yo no sé nada de todo esto.

SÓCRATES.- ¿Ves, Menón, una vez más, qué distancia ha recorrido ya él en el camino de la reminiscencia? Ten en cuenta que, al comienzo, sin saber cuál es el lado del cuadrado de ocho pies, cosa que por otra parte aún ignora, creía, sin embargo, saberlo y respondía con seguridad, como quien sabe, sin tener ningún sentimiento de la dificultad existente. Actualmente tiene conciencia de sus problemas, y si no sabe, al menos no cree saber.

MENÓN.- Tienes razón.

SÓCRATES.- ¿No supone esto una mejor disposición de espíritu en relación con la cosa que ignoraba?

MENÓN.- Convengo igualmente en ello.

SÓCRATES.- Embrollándole, pues, y aturdiéndole como hace el torpedo, ¿le hemos hecho daño?

MENÓN.- No me parece así a mí.

SÓCRATES.- O mucho me engaño, o le hemos en gran manera ayudado a descubrir en qué lugar se encuentra él en relación con la verdad. Pues ahora, puesto que él ignora, tendrá gusto en investigar; mientras que antes no hubiera vacilado en decir repetir confiadamente ante gran número de gente que, para doblar un cuadrado, era preciso doblar su lado.

MENÓN.- Así parece.

SÓCRATES.- Crees tú, pues, que él habría estado dispuesto a investigar y a aprender una cosa que él no sabía, pero que creía saber antes de haberse sentido perplejo por haber llegado a tener conciencia de su ignorancia y de haber concebido el deseo de saber?

MENÓN.- No creo que fuera así, Sócrates.

SÓCRATES.- Por tanto, le ha sido beneficioso haber quedado aturdido, ¿no?

MENÓN.- Eso creo.

SÓCRATES.- Mira ahora todo lo que le va a hacer descubrir esta perplejidad investigando conmigo, sin que yo le enseñe nada; antes bien, sin hacer otra cosa que interrogarle. Vigíleme por si me sorprendes dándole lecciones o explicaciones en lugar de llevarle a que nos diga su opinión por medio de mis preguntas. (Dirigiéndose al Esclavo) Respóndeme, tú. Tenemos, pues, aquí un espacio de cuatro pies, ¿comprendido?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Podemos añadirle este otro que es igual a él?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Y también este tercero, igual a cada uno de los dos primeros?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Y llenar luego este ángulo que queda vacío?

ESCLAVO.- Completamente.

SÓCRATES.- ¿No tenemos aquí ahora cuatro espacios o superficies iguales?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Y todos juntos, ¿cuántas veces mayores que este son?

ESCLAVO.- Cuatro veces.

SÓCRATES.- Ahora bien: nosotros estábamos buscando una superficie del doble, ¿te acuerdas?

ESCLAVO.- Enteramente.

SÓCRATES.- Si en cada cuadrado trazamos una línea de un ángulo a otro, ¿no cortará las superficies en dos partes iguales?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- He aquí, pues, cuatro líneas iguales que encierran un nuevo cuadrado.

ESCLAVO.- Efectivamente.

SÓCRATES.- Piensa: ¿cuál es la dimensión de este cuadrado?

ESCLAVO.- No lo sé.

SÓCRATES.- ¿No hemos dicho que en cada uno de estos cuadrados cada una de nuestras líneas ha separado dentro una mitad de ellos? ¿O no es así?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Y cuántas mitades de estas hay en el cuadrado del centro?

ESCLAVO.- Cuatro.

SÓCRATES.- ¿Y en este?

ESCLAVO.- Dos.

SÓCRATES.- ¿Y qué es cuatro respecto a dos?

ESCLAVO.- El doble.

SÓCRATES.- ¿Cuántos pies tiene, entonces, este cuadrado?

ESCLAVO.- Ocho.

SÓCRATES.- ¿Y sobre qué línea se ha construido?

ESCLAVO.- Sobre esta.

SÓCRATES.- ¿Sobre la línea que va de un ángulo a otro en el cuadrado de cuatro pies?

ESCLAVO.- Sí.

SÓCRATES.- Esta línea es lo que los sofistas llaman la diagonal. Supuesto que este es su nombre, la diagonal es, según tú, esclavo de Menón, lo que da lugar a la superficie del doble.

ESCLAVO.- Así es, en efecto, Sócrates.

SÓCRATES.- ¿Qué opinas de esto, Menón? ¿Ha expresado él una sola opinión que no haya deducido por sí mismo?

MENÓN.- Ninguna; lo ha sacado todo de su propio haber.

SÓCRATES.- Y, no obstante, no sabía, como hemos reconocido poco antes.

MENÓN.- Es verdad.

SÓCRATES.- Hay que admitir, por tanto, que estas opiniones se encontraban ya en él, ¿no es verdad?

MENÓN.- Sí.

SÓCRATES.- Por tanto, acerca de las mismas cosas que uno ignora, ¿puede tener en sí opiniones verdaderas?

MENÓN.- Parece ser evidente que sí.

SÓCRATES.- En estos momentos, las opiniones verdaderas han brotado en él como en un sueño. Pero si se le interroga con frecuencia y de diversas formas sobre los mismos temas, puedes estar seguro de que acabará por tener un saber de ellos tan exacto como cualquiera.

MENÓN.- Es probable.

SÓCRATES.- Sabrá, pues, sin haber tenido maestro, gracias a simples preguntas, habiendo vuelto a encontrar en sí mismo por sí mismo su ciencia, ¿no es así?

MENÓN.- Sí.

SÓCRATES.- Ahora bien: reencontrar en sí mismo por sí mismo su sabiduría, ¿acaso no es precisamente recordar?

MENÓN.- Enteramente.

SÓCRATES.- ¿Y no es necesario que esta ciencia que tiene él ahora o bien la haya recibido en un momento determinado, o bien que la haya tenido siempre?

MENÓN.- Sí.

SÓCRATES.- Ahora bien: si siempre la ha tenido, es porque siempre ha sido sabio, y si la ha recibido en un momento determinado, no habrá seguramente ocurrido esto en la presente vida. ¿Ha tenido él, pues, por casualidad, un maestro de geometría? Porque él reencontrará de la misma manera toda la geometría, así como todas las demás ciencias. ¿Acaso alguien se lo ha enseñado todo? Imagino que tú debes saberlo bien, y tanto mejor cuanto que ha nacido y se ha criado en tu casa.

MENÓN.- Estoy completamente seguro de que nunca ha tenido ningún maestro.

SÓCRATES.- Y, sin embargo, tiene estas opiniones, ¿no?

MENÓN.- Es indiscutible que las tiene, Sócrates.

SÓCRATES.- Si él no las ha adquirido en la vida presente, es del todo necesario que las haya tenido en otro tiempo y que él estuviera provisto de ellas con antelación.

MENÓN.- Es evidente.

SÓCRATES.- ¿Y no es este el tiempo en que él no era aún un hombre?

MENÓN.- Sí.

SÓCRATES.- Si, pues, antes de su vida y durante ella es preciso que haya en él opiniones verdaderas que, despertadas por la interrogación, se conviertan en ciencias, ¿no es verdad que el alma ha tenido que adquirirlas desde siempre? Es, en efecto, evidente que la existencia y la no existencia del hombre abarcan la duración en su totalidad.

MENÓN.- Es evidente.

SÓCRATES.- Así, pues, si la verdad de las cosas existentes desde siempre en nuestras almas, es preciso que nuestra alma sea inmortal. Por este motivo hemos de tener buen ánimo y esforzarnos por encontrar de nuevo y buscar lo que actualmente no sabemos; es decir, aquello cuyo recuerdo hemos perdido.

MENÓN.- No sé de qué manera, pero me parece, Sócrates que tienes razón.

SÓCRATES.- También a mí me lo parece, Menón. A decir verdad, hay algunos puntos en mi razonamiento sobre los cuales no me atrevería a ser realmente aseverativo; pero que, considerando como un deber el buscar lo que ignoramos, nos volvemos mejores, más enérgicos, menos perezosos que si consideramos imposible y ajeno a nuestro deber la búsqueda de la verdad desconocida; esto me atreveré a defenderlo contra todo el mundo, en la medida de mi capacidad, por medio de mis conversaciones y mis obras." (Menón)

"Estos son los misterios del amor, Sócrates en los que incluso tú pudieras iniciarte. Pero en aquellos que implican una iniciación perfecta, y el grado de la contemplación, a los que estos están subordinados si se procede con buen método, en esos

no sé si serías capaz de iniciarte. Te los diré en todo caso y pondré toda mi buena voluntad en el empeño. Intenta seguirme si eres capaz. Es menester -comenzó-, si se quiere ir por el recto camino hacia esa meta, comenzar desde la juventud a dirigirse hacia los cuerpos bellos, y si conduce bien el iniciador, enamorarse primero de un solo cuerpo y engendrar en él bellos discursos; comprender luego que la belleza que reside en cualquier cuerpo es hermana de la que reside en el otro, y que si lo que se debe perseguir es la belleza de la forma, es gran insensatez no considerar que es una sola e idéntica cosa la belleza que hay en todos los cuerpos. Adquirido este concepto, es menester haberse enamorado de todos los cuerpos bellos y sosegar ese vehemente apego a uno solo, despreciándolo y considerándolo de poca monta. Después de esto, tener por más valiosa la belleza de las almas que la de los cuerpos, de tal modo que si alguien es discreto de alma, aunque tenga poca lozanía, baste ello para amarle, mostrarse solícito, engendrar y buscar palabras tales que puedan hacer mejores a los jóvenes, a fin de ser obligado nuevamente a contemplar la belleza que hay en las normas de conducta y en las leyes y a percibir que todo ello está unido por parentesco así mismo, para considerar así que la belleza del cuerpo es algo de escasa importancia. Después de las normas de conducta, es menester que el iniciador conduzca a las ciencias para que el iniciado vea a su vez la belleza de éstas, dirija su mirada a toda esa belleza, que ya es mucha y no sea en lo sucesivo hombre vil y de mezquino espíritu por servir a la belleza que reside en un solo ser, contentándose, como un criado, con la belleza de un mancebo, de un hombre o de una norma de conducta, sino que vuelva su mirada a ese inmenso mar de belleza y su contemplación le haga engendrar muchos, bellos y magníficos discursos y pensamientos en inagotable filosofía, hasta que, robustecido y elevado por ella, vislumbre una ciencia única, que es tal como voy a explicar y que versa sobre una belleza que es así. Procura -agregó- prestarme toda la atención que te sea posible. En efecto, el que hasta aquí ha sido educado en las cuestiones amorosas y ha contemplado en este orden y en debida forma las cosas bellas, acercándose ya al grado supremo de iniciación en el amor, adquirirá de repente la visión de algo que por naturaleza es admirablemente bello, aquello precisamente, Sócrates, por cuya causa tuvieron lugar todas las fatigas anteriores, que en primer lugar existe siempre, no nace ni muere, no crece ni decrece, que en segundo lugar no es bello por un lado y feo por el otro, ni tampoco unas veces bello y otras no, ni bello en un respecto y feo en el otro, ni aquí bello y allí feo, de tal modo que sea para unos bello y para otros feo. Tampoco se mostrará a él la belleza pongo por caso, como un rostro, unas manos, ni ninguna otra cosa de las que participa el cuerpo, ni como un razonamiento, no como un conocimiento, ni como algo que existe, en otro ser, por ejemplo, en un viviente, en la tierra, en el cielo o en otro cualquiera, sino la propia belleza en sí que siempre es consigo misma específicamente única, en tanto que todas las cosas bellas participan de ella en modo tal, que aunque nazcan y mueran las demás, no aumenta ella en nada, ni disminuye, ni padece nada en absoluto. Así, pues, cuando a partir de las realidades visibles se eleva uno a merced del recto amor de los mancebos y se

comienza a contemplar esa belleza de antes, se está, puede decirse, a punto de alcanzar la meta. He aquí, pues, el recto método de abordar las cuestiones eróticas o de ser conducido por otro: empezar por las cosas bellas de este mundo teniendo como fin esa belleza en cuestión y, valiéndose de ellas como de escalas, ir ascendiendo constantemente, yendo de un solo cuerpo a dos y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a las bellas ciencias, hasta terminar, partiendo de estas, en esa ciencia de antes, que no es ciencia de otra cosa sino de la belleza absoluta, y llegar a conocer por último lo que es la belleza en sí. Ese es el momento de la vida, ¡oh querido Sócrates! -dijo la extranjera de Mantinea-, en que más que en ningún otro, adquiere valor el vivir del hombre: cuando este contempla la belleza en sí. Si alguna vez la vislumbra, no le parecerá que es comparable ni con el oro, ni con los vestidos, ni con los niños y jóvenes bellos, a cuya vista ahora te turbas y éstas dispuesto -y no solo tú, sino también otros muchos-, con tal de ver a los amados y estar constantemente con ellos, a no comer ni beber, si ello fuera posible, sino tan solo a contemplarlos y a estar en su compañía. ¿Qué es pues, lo que creemos que ocurriría -agregó- si le fuera dado a alguno el ver la belleza en sí, en su pureza, limpia, sin mezcla, sin estar contaminada por las carnes humanas, los colores y las demás vanidades mortales y si pudiera contemplar esa divina belleza en sí, que es única específicamente? ¿Crees acaso que es vil la vida de un hombre que ponga su mirada en ese objeto, lo contemple con el órgano que debe y esté en unión con él?"

(*Banquete*)

"(...) descubrir cómo es el alma sería cosa de una investigación en todos los sentidos y totalmente divina, además de larga, pero decir a qué es semejante puede ser el objeto de una investigación humana y más breve; procedamos, por consiguiente, así. Es, pues, semejante el alma a cierta fuerza natural que mantiene unidos un carro y su auriga, sostenidos por alas. Los caballos y aurigas de los dioses son todos ellos buenos y constituidos de buenos elementos; los de los demás están mezclados. En primer lugar, tratándose de nosotros el conductor guía una pareja de caballos; después, de los caballos, el uno es hermoso, bueno y constituido de elementos de la misma índole; el otro está constituido de elementos contrarios y es él mismo contrario. En consecuencia en nosotros resulta necesariamente dura y difícil la conducción (...) Pues bien: el gran jefe del cielo, Zeus, dirigiendo su carro alado, marcha el primero, ordenándolo todo y cuidándolo. Le sigue un ejército de dioses y demonios... Son muchos en verdad, y beatíficos, los espectáculos que ofrecen las rutas del interior del cielo que la raza de los bienaventurados recorre (...) Ahora bien: siempre que van al banquete y al festín marchan hacia las regiones escarpadas que conducen a la cima de la bóveda del cielo. Por allí, los carros de los dioses, bien equilibrados y dóciles a las riendas, marchan fácilmente, pero los otros con dificultad, pues el caballo que tiene mala constitución es pesado e inclina hacia la tierra y fatiga al auriga que no lo ha alimentado

convenientemente. Allí, pues, se enfrenta al alma con la prueba y la lucha suprema. En efecto, las almas llamadas inmortales, cuando llegan a la cima, salen afuera y se detienen firmes sobre la parte superior del cielo, y en esta posición. Las conduce el movimiento circular de la bóveda celeste, mientras ellas contemplan lo que hay fuera del cielo.

El lugar supraceleste, ningún poeta de esta tierra lo ha cantado, ni lo cantará jamás, dignamente. Es, pues, así (se ha de tener, en efecto, la osadía de decir la verdad, y sobre todo cuando se habla de la Verdad): la realidad que verdaderamente es sin color, sin forma, impalpable, que solo puede ser contemplada por la inteligencia, piloto del alma, ocupa este lugar. Así, pues, como el pensamiento de la divinidad se alimenta de inteligencia y de ciencia sin mezcla, y lo mismo el de toda alma que se preocupa de recibir lo que le conviene, al ver, en el transcurso del tiempo la realidad, la ama, y contemplando la verdad se alimenta y se siente feliz hasta que el movimiento circular en su revolución la vuelve a llevar al mismo lugar. Y en esta circunvalación contempla la misma justicia, contempla la templanza, contempla la ciencia, no la que implica devenir, ni la que es diferente según tata de cada una de las cosas diferentes que nosotros ahora llamamos realidades, sino la ciencia que versa sobre lo que es realmente la realidad. Y después de haber contemplado de la misma manera las demás realidades verdaderas y de haberse regalado con ellas, desciende de nuevo al interior del cielo y se va a casa. Una vez allí, el auriga, colocando los caballos junto al pesebre, les sirve ambrosía y después los abreva con néctar.

Tal es, pues, la vida de los dioses. En cuanto a las demás almas, la que mejor sigue a los dioses levanta la cabeza del auriga hacia el lugar exterior y es llevada con ellos en la revolución circular, turbada por los caballos y contemplando a duras penas las realidades; otra, unas veces levanta y otras baja la cabeza, y, por causa de la violencia de los caballos ve unas realidades y otras no. Las demás, aspirando todas a subir, intentan seguir a los dioses; pero, siendo incapaces de ello, se hunden al ser llevadas en la circunvalación, pisoteándose y echándose las unas encima de las otras, e intentando la una colocarse delante de la otra. Así, pues, se produce un tumulto, una lucha y un sudor extremos en que, por impericia de los aurigas, muchas quedan cojas y muchas se estropean las alas. En una palabra, todas ellas, pasando muchos trabajos, se retiran sin haber sido iniciadas en la contemplación de la realidad, y una vez que se han retirado de allí, se alimentan de opinión. La razón de este gran celo por ver la llanura de la Verdad es que el pasto adecuado para la mejor parte del alma es precisamente el de aquella pradera y la naturaleza de las alas por las que el alma adquiere su ligereza se nutre precisamente de él. He aquí ahora la ley de Adrastea: toda alma que, habiendo estado en el cortejo de un dios haya visto algo de lo verdadero queda exenta de pruebas hasta la siguiente revolución, y, si puede hacerlo siempre, queda siempre indemne; pero cuando, por haber sido incapaz de seguirle, no ha visto la verdad y, víctima de cualquier vicisitud, se ha llenado de olvido y de maldad, con lo que se ha vuelto pesada, y una vez que se ha hecho pesada, ha perdido las alas y ha caído a tierra, entonces es ley que esta

alma no se implante en ninguna naturaleza animal en la primera generación, sino que, la que más ha visto vaya al germen de un hombre destinado a ser amigo de la sabiduría, o de la belleza, o amigo de las musas y entendido en amor; la segunda, al de un rey que se somete a las leyes, o guerrero y apto para el mando; la tercera, al de un político o al de un buen administrador o negociante; la cuarta, al de un gimnasta amigo de las fatigas físicas, o al de alguno destinado a curar los cuerpos; la quinta, tendrá una vida de adivino o una vida de iniciación; a la sexta se adaptará bien un versificador o cualquier otro de los relacionados con la imitación; a la séptima, el artesano o el trabajador de la tierra; a la octava, el sofista o el demagogo, y a la novena, el tirano. (*Fedro*)